

A grandes desafíos, propuestas innovadoras: el reto de la colaboración

José Luis Fernández Fernández
Cátedra Iberdrola de Ética Económica y Empresarial
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales – ICADE
Universidad Pontificia Comillas

No es ningún secreto para nadie el hecho de que, cuanto más complicadas sean las circunstancias y más arduos se ofrezcan los problemas a los que nos haya de tocar enfrentarnos -sobre todo, cuando se hace con el ánimo decidido de empeñarse en su resolución-, mayores habrán de ser los esfuerzos que toque aplicar; y mejores y más oportunas debieran de acabar siendo los modos de implementar las acciones diseñadas al efecto.

Este principio -por lo demás, obvio y universalmente aceptado como máxima de actuación-, conoce en este libro que el lector tiene abierto ante sus ojos una de las más inmediatas concreciones, toda vez que es el resultado final de un esfuerzo de colaboración, dirigido a contribuir a la consecución de un objetivo complejo, dificultoso, sí; pero, precisamente por ello, impostergable y absolutamente necesario: la mejora del modo en el que nos organizamos -como sociedad global- para, a partir de este primer cuarto de siglo del tercer milenio, atender con eficacia y prudencia a la *dimensión económica de la vida humana: de todo el hombre y de todos los hombres*, como hasta no hace tanto se decía, como no podría haber sido de otra manera, se entendían incluidos todas los seres humanos, sin perjuicio de su sexo, raza, cultura o condiciones variables y accidentales de cualquier tipo.

El hecho es que los desafíos a los que, como Humanidad, nos enfrentamos todos sin excepción en este cuarto de luna de la historia en que nos está tocando vivir y convivir, hace tiempo que están razonablemente bien identificados. Resultan, cierto es, retadores en grado sumo: de un lado, hay que preservar las condiciones que posibilitan, no sólo la pervivencia de la especie, en natural simbiosis con los demás seres vivos en el marco telúrico de un admirable y misterioso cosmos en expansión; sino también, lo que siempre ha estado implícito y que, por lo demás, se deriva como aspiración físico-teleológica y moral: de una parte, el florecimiento más pleno posible a escala individual; y, de otra, la más cumplida humanización de la vida, en términos de la especie en su conjunto.

Los recursos naturales de que disponemos para ello, como no podría ser de otra manera en un mundo finito, son limitados -esto es, *económicos*-; y, en consecuencia, tienen que ser administrados con prudencia y buen criterio, tanto técnico cuanto, sobre todo, ético.

La dimensión moral de la *praxis* y la actividad económica corre pareja a las exigencias éticas que se reclaman a una teoría que haya de cristalizar en una bien perfilada ciencia para una gestión eficiente y justa de la escasez. Por lo demás, en este momento histórico, la conexión entre ambas dimensiones -la teórica y la práctica- no puede, como es sabido, resultar más palmaria. Ello, sin embargo, no significa, ni mucho menos, que se trate de algo nuevo o absolutamente inédito en el desplegarse de lo humano sobre el planeta. Nada más lejos de la realidad.

De hecho, en aquel despliegue de potencias y capacidades ante la Naturaleza, para aprovecharla a favor de las metas y aspiraciones de la Humanidad; en ello precisamente radicó desde siempre la tarea moral de la especie humana. Se trata, ni más ni menos que de una dimensión antropológica que los seres humanos hemos venido teniendo ante nosotros, cuando menos, desde el punto y hora en que el proceso de hominización hubo dado como resultante a *Sapiens*. Esto es, a un homínido humanizado de tal manera que estuvo en condiciones de extenderse y poblar la Tierra; y, al paso que someterla a sus designios, estar en condiciones de administrarla con buen criterio técnico y sensatez moral.

El *milagro económico de la humanidad* está perfectamente datado en su secuencia, miles de veces milenaria: Hace un millón de años, durante el Paleolítico Inferior, la Humanidad, que entonces contaba, según calculan, con 125.000, se concentraba en África, cuna de su nacimiento. De ahí, andando el tiempo -hace 300.000 años- y a golpe de migración recolectora, la especie humana, que contaba ya con un millón de individuos, se habría ido desplegando y poblado, además de África, toda Europa y toda Asia. Se supone que accedió a Australia -hace unos 60.000 años- y a América, entrando desde el norte, por el estrecho de Bering, hace otros 30.000.

La lucha por la supervivencia y la necesidad de atender a la satisfacción de las necesidades humanas -las naturales, sin duda, en primer término; pero las culturales, cada vez más generalizadas y sofisticadas, inmediatamente y en paralelo con el momento en que aquéllas se iban viendo atendidas con creciente solvencia y eficacia-; dicha actividad, claramente económica, hubo de conllevar el paralelo desarrollo -en mutua referencia e implicación bidireccional- del desarrollo tecnológico, por una parte -pensemos en la cerámica, la navegación, la artesanía, la sofisticación de las herramientas con las que trabajar e incrementar los rendimientos de los esfuerzos; y, también, de las armas con que proceder a cazar, a atacar y a defenderse de potenciales enemigos-; y, por otra, del correspondiente progreso social y político.

De ahí, entre otras cosas, la propiedad privada, el aparato administrativo de un incipiente Estado. En dicha estela se ha de insertar la emergencia y la institucionalización, convenientemente legitimada, de la autoridad formal -tanto la que los historiadores identifican ya en los primeros grandes imperios del Neolítico: Sumer, Acad, Babilonia o el Egipto de los faraones; cuanto, la que cabe suponer existiría en formaciones sociales más modestas, ya en escala, ya en poder-. De la misma matriz derivan también la burocracia y el aparato funcional, los impuestos, el ejército estable, y la legalidad formalmente codificada y en condiciones de ser aplicada con la coercibilidad requerida

Naturalmente, junto al crecimiento económico y la presencia de excedentes que reinvertir a manera de capital natural -no dinerario aún en la mayoría de los casos-, se habría de ir produciendo la correlativa emergencia de nuevas formaciones sociales e inéditos modos de interacción entre las personas. Ello, en definitiva, habría de ir dando lugar a una creciente sofisticación en la forma de articular las relaciones de poder y de legitimar el ejercicio de la autoridad. Todo ello, por supuesto, habría tenido como consecuencia un indiscutible impulso del desarrollo cultural, en el más amplio sentido de la expresión: desde el arte a la religión, pasando por la vivencia de los valores éticos y el avance en la dinámica propia del Espíritu y de la vivencia de formas innovadoras en el ámbito de la moralidad.

En este marco teórico y por referencia a una suficientemente bien datada línea temporal de los últimos cuatro o cinco mil años hasta el día de la fecha; tras los avatares históricos

documentados con razonable precisión en la esfera de lo político-militar, cabría acompañar el proceso del paralelo discurrir de lo económico y lo técnico -tras las edades de la piedra, las líticas, tanto antigua (paleo), cuanto media (meso), y nueva (neo)-, hubo de tener lugar la de los metales -la del Bronce y la del Hierro-. Al compás de su discurrir, tendríamos sumar una suerte de evolución de la cultura formal, cristalizada, entre otras realidades, en la literatura, en las creaciones artísticas -pintura, arquitectura, escultura...-; y, sin duda, de una parte, en la Historia de la Filosofía y del pensamiento social y político; y, de otra, en la evolución de la Ciencia y de las ideas científicas.

Aún a riesgo de simplificar demasiado la realidad que nos concierne en este punto, cabría quedarse con una síntesis de lo referido al aspecto económico, en los siguientes términos: Tras la Revolución Neolítica -de hace, entre 30.000 y 10.000 años, momento a partir del que emergieron la agricultura y la ganadería-, la Humanidad hubo de conocer un lento pero indiscutible avance tendencial hacia adelante. Esta realidad, sabido es, se objetiva y mide desde claves económicas bien precisas: En efecto, tal como se suele hacer, el cálculo de un tal progreso en la *dimensión material de la vida* se lleva a efecto, de un lado, computando el crecimiento de la producción y la riqueza -bien de manera precisa cuando se dispone de datos concretos, ya de forma razonablemente supuesta, en caso contrario-; y por otro lado, se infiere aquel desarrollo a partir de la estimación del número de personas vivas sobre el planeta y de la calidad de vida de que hubieran de haber gozado, a tenor de la esperanza de vida, medida en número de años vividos por término medio en un determinado tiempo y lugar.

Cierto es que los avatares históricos hubieron de condicionar muy claramente el proceso y que aquella línea de avance no hubo de ser siempre ni lineal, ni tampoco necesariamente en progreso indiscutible hacia lo mejor: las regresiones, los estancamientos, la pérdida por el camino de elementos de valía, ya anteriormente conquistados, pero que en un momento determinado de la historia hubieron de desaparecer... todo ello nos viene a indicar que sigue constituyendo una feliz metáfora aquella que -al incitarnos a atribuir lo que, desde una ignorancia no culpable no acabamos ser capaces de imputar más que a una realidad que solemos rotular, para abreviar el caso, bajo el rubro de "casualidad"-; digo que no es descabellado apelar de nuevo a la mentada *astucia de la Razón*: aquélla misma a la que ya aludiera Hegel como causa posible de tantas correlaciones minuciosamente registradas en los anales de la historia.

Porque, cuando, a toro pasado de los acontecimientos, reflexiona el pensador sobre un determinado aspecto particular de la vida -ya sea político, tecnológico, económico, cultural o de cualquier otra índole-; y cuando, yendo más allá de los datos, más o menos objetivos, se busca arrojar luz y encontrar algún tipo de orden teórico a lo que, de otra suerte, no pasa de ser más que una informe y descoordinada secuencia azarosa de acontecimientos, se está entrando en el ámbito de una suerte de Filosofía de la Historia. Más allá de lo pretencioso que una tal empresa constituya, el hecho es que, en todo caso, la racionalidad humana no se siente aquietada sin dar el salto a la interpretación. Por eso, ineluctablemente, de una u otra forma, resulta tan frecuente que haga su aparición aquella especie de hilo de Ariadna que, si bien no va a lograr nunca sacarnos completamente del laberinto de la Historia, sí cuando menos ayuda a conjurar el peligro del Minotauro del sinsentido. Este monstruo tiende a camuflarse tras el discurrir de los acontecimientos históricos cuando no éstos no reciben una adecuada interpretación que les dote de propósito y sentido.

No es obligatorio, en absoluto, suscribirse a ningún tipo de constructo intelectual para enmarcar a su luz todo lo sucedido desde que el mundo humano es tal; ni mucho menos para

anticipar el posible, el probable o -que esto va en opciones arbitrarias- el necesariamente ineludible ocurrir de lo que haya de suceder en el futuro. Atrás hubieron de quedar periclitados, en buena hora, rígidos esquemas de interpretación de muy diversa laya -el Histmat, aquel *Materialismo Histórico* marxista, incluido-, que no hace ni medio siglo pasaban poco menos que por oráculos incuestionables; toda vez que, en el más difícil todavía de la ingenuidad epistémica, se les tendía a revestir de manera acrítica -y, muy probablemente, de forma ideológica e interesada -, con las inmerecidas galas de un sedicente, vacío y pretencioso carácter dizque “científico” ...

Por ello, si bien es verdad que, de una parte, no hay en absoluto obligación intelectual de tener que aceptar como oportuno ningún relato de registro historicista; no es menos cierto, por otro lado, como va insinuado *supra*, que a efectos de comprensión y con ánimo de entender -el *quaerens intellectum* de los clásicos- los procesos por los que el devenir vital de lo humano discurre, nos vemos necesitados de articular algún tipo de narrativa, medianamente coherente, que preste claves de interpretación a la realidad histórica: en el caso que nos ocupa, en lo referido a la evolución de la historia económica y tecnológica.

El hecho es que -con altos y bajos; y junto a avances y retrocesos- la historia económica de la Humanidad, a lo largo de los últimos cinco mil años aproximadamente, al menos en Occidente, podría quedar sintetizada, muy *grosso modo*, en los términos siguientes: Tras un razonable período de expansión en el que se habían ido consolidando conocimientos y estructuras que constituyeron un indiscutible avance social, hubo de acontecer un cambio -con la caída del Imperio Romano de Occidente- de consecuencias desastrosas, cuando menos desde el punto de vista del desarrollo técnico y económico. El arranque de los mil años que se conocen como Edad Media, ciertamente supuso un paso atrás -al menos temporal y acotado en el ámbito específico de la dimensión material de la vida en sociedad- en la dinámica económica y tecnológica. Sólo en el siglo XI empieza a notarse una mutación de algún calado: la denominada Revolución Comercial. Tuvo lugar en la península italiana y contó entre sus adalides con algunas de las ciudades más renombradas del momento, situándose a la cabeza, probablemente, el empuje mercantil de Venecia.

Sabido es cómo, en efecto, empiezan a desplegarse las actividades mercantiles, tanto hacia Oriente, cuanto hacia el norte de Europa. Algunas ciudades de lo que hoy son Bélgica y Holanda no tardaron en entrar por similares sendas. Ferias regulares y mercados estables fueron haciendo necesario adecuar estructuras y mentalidades a realidades emergentes y nuevas. También hubieron de surgir instrumentos, técnicas -Contabilidad, Letra de Cambio, contratos de Compañía, entre otros- y garantías legitimadoras de unas maneras de actuar y de vivir inéditas hasta el momento.

Y si, ciertamente, hubo crisis y desgracias -piénsese en la peste bubónica del siglo XIV, por caso-; también hubo felices novedades que hubieron de contribuir a que se escribieran páginas impresionantes de la Historia de la Humanidad sobre la Tierra. El descubrimiento del denominado *Nuevo Mundo*, sin ninguna duda, constituye uno de los eventos más singulares y de trascendencia mayor en todo el proceso histórico de la especie humana sobre el planeta: nuevos recursos, productos nuevos, maneras distintas de vivir y convivir... formas distintas de hablar, cantar, comer y relacionarse hubieron de ofrecer posibilidades inéditas para organizar la vida. Por supuesto, el aumento de la cantidad de oro y plata en circulación, tampoco dejó de tener su impacto en todo el mundo y en los distintos ámbitos de la vida: desde la subida generalizada de los precios, a las elucubraciones morales acerca, por ejemplo, de la justicia del precio de las cosas... que, andando el tiempo, habrían de cristalizar en la matriz de la futura

ciencia de la que, en un primer momento, se hubo de denominar como Economía Política, para estudiar los mecanismos de la generación de la riqueza de las naciones y la mejor de las maneras de administrar unos recursos escasos, en busca de un rendimiento óptimo.

Con todo, más allá del impacto al que nos estamos refiriendo con el descubrimiento de América y la generalización del *negocio triangular* y de las *Compañías Privilegiadas*, lo cierto es que, si consideramos el asunto desde un punto de vista estrictamente económico y técnico, cabe afirmar sin miedo de incurrir en grandes inexactitudes, que el avance real, cuando se lo coteja con el que se había producido ya en la agricultura y la ganadería, con la *Revolución Neolítica* -insistamos, sin perjuicio de reconocer, sin ambages, la trascendencia de la mentada *Revolución Comercial* del siglo XI; y, sobre todo, la relevancia de una revolución todavía más significativa: la que supuso el hecho de haberse topado con algo de lo que no se tenía noticia en la Europa del momento-; digo que el avance real, era extremadamente tímido: el arado romano seguía siendo el mismo; los molinos de agua y viento, ciertamente, aprovechaban la energía natural y ampliaban la fuerza humana... Sin embargo, no fue hasta la *Primera Revolución Industrial* -siglo XVIII, Escocia e Inglaterra-, cuando de verdad, las cosas hubieron de cambiar de manera significativa.

Consistió el fenómeno, más allá de lo que pueda dar a entender el concepto, en una evolución; es decir, en un proceso evolutivo: lento, paulatino, acumulativo... multicausal... Si se utiliza el término "revolución", es más por constatar cómo, en efecto, se hubo de producir la emergencia de formas inéditas de organización de la dinámica económica, con las transformaciones correlativas en las dimensiones político-sociales y culturales; que por querer dar a entender que el fenómeno se hubiera producido, como de un día para otro.

El hecho es que, aplicando a los procesos productivos no ya la fuerza directa e inmediata de la energía natural, sino, por contra, parte de aquélla, pero convenientemente trabajada y transformada por el ingenio humano. El agua, la energía hídrica se había venido utilizando desde hacía milenios. Incluso había ya experiencia de molinos -*Mills*- que funcionaban dando vida a múltiples telares para producir tejidos en cantidades -y de calidad- hasta entonces impensables, con el concurso de una espectacular *rueda hidráulica*, capaz de aprovechar los recursos hídricos de manera mucho más operativa de lo que hasta entonces se había siquiera soñado. Con todo, no fue hasta que se aprendió a utilizar de manera eficiente un nuevo recurso, una energía natural hasta entonces desconocida, que había estado esperando el momento en que la inteligencia humana diera con la clave de su explotación: el vapor de agua, convenientemente canalizado desplegaba una fuerza ingente, muy superior a la de decenas e incluso centenares de caballos... No en vano se empezó a hablar por entonces de caballos de vapor, comparando los nuevos recursos con los tradicionales.

Para producir vapor había que calentar el agua; y para ello, había que utilizar carbón de piedra -turba, hulla, antracita, lignito-... Beneficiar el mineral de las minas suponía una condición previa para todo el proceso industrial. Ello, naturalmente, entre otras cosas, hubo de redundar en el despegue económico de las regiones carboneras, sobre todo, de las que estaban en un entorno razonablemente cercano a las fábricas propias de aquella *Primera Revolución Industrial*.

La *Segunda Revolución Industrial* hubo de tener lugar en el siglo XIX. Entonces, al vapor se le suman, por ejemplo, el acero, la química y la electricidad -de nuevo, un recurso natural inexplorado, debido a la impericia tecnológica, hasta entonces incapaz de servirse de lo que la propia naturaleza estaba, sin duda, desde siempre en condiciones de ofrecer al ingenio

humano convenientemente aplicado-. Junto al icono del momento -el ferrocarril, al que se le hubo de sumar el barco de vapor-, se generalizan modos de organización de la vida social y económica de factura hasta entonces desconocida: la transformación sociológica correspondiente, con la emergencia de los movimientos sociales; la evolución legislativa del Estado liberal; la aparición de las ciencias de la Administración de Empresas... así como, entre otras cosas, la necesidad de desarrollar fuentes de financiación a gran escala -bolsas, bancos industriales...- capaces de dar cobertura a proyectos de gran calado; o la aparición de sofisticadas fábricas donde la cadena de montaje acabara posibilitando producir de manera estandarizada y a una escala insólita... el abaratamiento del producto unitario, por lo demás, habría de acabar posibilitando -y exigiendo- un mercado creciente, incluso, de masas. Por lo demás, la energía que hacía rodar el mundo económico de entonces era, sin ninguna duda, la propia de la denominada economía del carbono. Así, al carbón necesario para mantener la marcha de la *Primera Revolución Industrial*, se sumaba ahora un nuevo oro negro -el petróleo-, capaz, entre otras cosas, de dar vida a la dinámica industria del automóvil que tanto hubo de contribuir a configurar el mundo desde hace poco más de cien años a esta parte.

Ahora bien, nada es lineal, decíamos más arriba; y, por otro lado, las tensiones sociales, políticas, tecnológicas, ideológicas hubieron de venir necesariamente acompañando el despliegue y la consolidación de aquella *Segunda Revolución Industrial* que, arrancando, como va dicho, de mediados del siglo XIX, llega hasta bien pasada la segunda mitad del siglo XX.

Bajo este rubro, cabe anotar como en el *Debe* del siglo XX, entre otras cosas menores, dos guerras mundiales; casi ochenta años del fracasado experimento comunista, diseñado y puesto en marcha, precisamente, por reacción a un capitalismo desembridado, como modelo alternativo para organizar la vida económica, cultural y política de las sociedades; una pavorosa crisis económica, como consecuencia de *crack* de Wall Street en el año 1929... Estos, como va dicho, configuran algunas de las cuentas del rosario de avatares que acompasaron el tránsito de la *Segunda* a la *Tercera Revolución Industrial*. Ésta última, yendo más allá de la cadena de montaje y de la producción en masa a la que acabamos de referirnos, se caracteriza por el uso de la electrónica, por la producción automatizada y por utilizar la informática y las denominadas, en su momento, *nuevas* Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC).

Por lo demás, la *Cuarta Revolución Industrial*, aquélla en la que nos hallamos insertos en el día de hoy -junto, entre otras cosas, a la pandemia de la Covid-19 y al hecho de la globalización-, viene a estar caracterizada, entre otras cosas, por la existencia de lo que se ha dado en denominar Industria Conectada, o Industria 4.0. En esta especie de nuevo ecosistema nos topamos con realidades tales como las siguientes: ante todo, la nueva energía, que hace ahora rodar el mundo económico y tecnológico, concretada en el nuevo “recurso”. No se trata ya ni del carbón ni el petróleo: ahora son los datos y su análisis lo que impulsa la producción, la distribución y la creación de la riqueza. Junto a ello, habría que señalar la presencia de la denominada *Fábrica Mundo* o *Cadenas Globales de Valor*; y como condiciones de posibilidad de todo ello, hay que anotar el desarrollo tecnocrático, el Internet de las Cosas, la conectividad y la tecnología en la nube.

Pues bien, tras poco más de doscientos cincuenta años quemando carbón, el balance - descontando lo que va dicho supra del rosario de crisis y avatares del *Debe* de la historia-, arroja también un balance -y ecológico- que merece, sin duda, ser registrado y tenido muy en consideración. De una parte, tenemos que constatar el hecho incuestionable del despegue económico, el crecimiento generalizado del nivel y de la calidad de vida en amplísimas capas

de las poblaciones que vivieron los procesos industriales. Espectaculares incrementos del PIB, junto al aumento de la renta media a la que tienen acceso los ciudadanos de los países industrializados, hubieron de traer consigo un extraordinario incremento de la población, así como de la esperanza de vida.

Ello es así, hasta el punto de que -independientemente del hecho objetivo de la generalización de una especie de mundo a dos velocidades; y cada vez más distanciado por la brecha de la desigualdad-, son muchos los que sienten gran preocupación por el advenimiento de esta bomba demográfica.

Cuando a ello se le suma el dato de que el planeta cuenta con unos recursos limitados y finitos; si tenemos en consideración que está siendo sobreexplotado; y que tras estos últimos -algo más de- doscientos cincuenta años que la humanidad viene quemando carbón, la atmósfera se ha visto contaminada de manera peligrosa... no es extraño comprender que haga ya más de sesenta años que se hayan empezado a disparar las alarmas: al principio de una manera tímida y casi anecdótica -pensemos en Rachel Carson, por ejemplo-; pero luego, cada vez de forma más impetuosa.

El pistoletazo de aquel Informe al Club de Roma sobre *Los límites del crecimiento*, prolongado con la acuñación, una década más tarde, del concepto de “*desarrollo sostenible*” como aspiración, hubieron de ir jalonando un camino que nos ha traído finalmente hasta lo que hoy tenemos ante nuestros ojos como tarea común en la que implicarnos múltiples agentes: cada cual desde su peculiaridad y concreta idiosincrasia. A saber: los *Objetivos del Desarrollo Sostenible*, en el marco de la denominada “*Agenda veinte-treinta*”.

Para que el *fetichismo gnoseológico* del *pensamiento-Alicia* -Gustavo Bueno *dixit*- no acabe malogrando ni echando a perder las virtualidades de unas propuestas razonables y sensatas, conviene, ante todo, tratar de deshacerse de buena parte de la retórica más vacua e insustancial, adherida al fenómeno; y quedarse con lo sustancial, con lo medular, con lo que, sin duda, tiene más recorrido; y a lo que merece la pena dedicar los esfuerzos.

Entre la hojarasca prescindible están muchas de las formas y maneras de envolver los mensajes -pienso en el lenguaje sedicente inclusivo, al que mejor cabría denotar de redundante-; igual que la proliferación de mantras y la generalización de clichés, ribeteados de eufemismos... todo ellos, recursos del fetichismo gnoseológico al que acabo de hacer referencia: una manera de *pensar* (i) que parece, contra toda lógica, tener asumido de forma simplista no ya aquello de Parménides de que “lo mismo es decir que ser” -que así se habría de traducir la expresión griega del *Poema* del eleático-; sino algo más fantástico y mágico aún: que con decirlo ya está hecho: que el mejor de los mundos está ya aquí entre nosotros; y que lo hemos hecho emerger a golpe de elocución. Que, en definitiva, es suficiente con verbalizar cualquiera de los *rotulillos* a la moda -“sostenibilidad” o “bueno para el planeta”, por sólo dar un par de botones de muestra-, para que, como por ensalmo, se remede aquel *fiat* con el que Padre Eterno separara la luz de las tinieblas, “en el día primero”.

Porque, cuando hacemos abstracción -¡a veces cuesta ímprobo trabajo!- de los afeites y los marbetes, de las ligas y trampantojos que tanto proliferan en estos ámbitos; y cuando nos quedamos con lo sustantivo, vemos ofrecerse un quehacer en el que merece la pena implicarse: colaborar para conseguir un mundo más justo, más humano, más sostenible e igualitario; construir una realidad que facilite el despliegue de las capacidades de todas las personas, asumiendo como axioma el más exquisito respeto hacia un entorno ecológico del que vivimos y en el que -mediante una sensata administración de sus recursos- aspiramos a

seguir viviendo de manera plena, tanto nosotros que ahora estamos en él; cuanto las generaciones futuras que habrán de acabar llegando a la vida en el futuro.

Para conseguir aquel fin –lo mismo da que se concrete en diecisiete objetivos que en catorce; como irrelevante resulta que se sustancie en 169 metas o que lo haga en sólo cincuenta y tres-, tenemos que implicarnos todos y trabajar juntos: el *cum-laborare* del latín, que en griego se vierte por el potente concepto de “*sin-ergon*” y de ahí, sinergia. Aquel resultado en el que el todo es mayor que la mera suma de las partes y donde se pueden esperar, no sólo saltos cualitativos, al fin y al cabo; sino, sobre todo, propuestas concretas de innovación social, capaces de mejorar las condiciones de vida de todos y, además, hacerlo de manera sostenible.

En la tarea colaboradora en *pro* de un mundo más justo, a favor de una economía sostenible, en la apuesta por una empresa responsable y una gestión comprometida con la búsqueda de resultados económicos, sí... pero también, sociales y medioambientales; en un itinerario tan exigente y retador, que, en definitiva, aspira a una humanidad más humanizada, habrán de tener cabida todos: las personas, individualmente consideradas; los grupos y asociaciones intermedias, conformadores de la sociedad civil; las administraciones públicas, en los distintos niveles: desde el ayuntamiento al radio organizativo que proceda y cuando proceda a escala universal. Por supuesto, en este concierto deben tener también entrada, por propio derecho, los agentes económicos más señeros: las empresas mercantiles y, entre otras, las instituciones financieras.

Uno de los diecisiete Objetivos para el Desarrollo Sostenible –precisamente el décimo séptimo- reclama expresamente la articulación de alianzas estratégicas entre distintos agentes con el ánimo de sumar esfuerzos, cada uno desde su idiosincrasia, pero todos ellos orientados hacia una tarea común y compartida.

Precisamente este libro que el lector tiene entre sus manos constituye uno de los subproductos más tangibles del fruto de la colaboración entre, de una parte, una generosa empresa que financia un proyecto académico –Iberdrola-; un medio de comunicación que difunde y transfiere ideas y conocimiento para abonar el debate social y enriquecer la reflexión –Diario Responsable-; una empresa editora de libros *con valores* –Kolima-; y una institución universitaria –la Cátedra Iberdrola de Ética Económica y Empresarial, de la Universidad Pontificia Comillas-. En el marco de una tal colaboración estratégica -bien institucionalizada, como es el caso- y haciendo cada uno su correspondiente parte del trabajo, entre todos buscamos dar cauce a la voz de muy sugerentes aportaciones.

Los coautores de los artículos y de las reflexiones que conforman este volumen representan un variado y amplio espectro de actividad: unos son investigadores; otros, profesores universitarios o académicos que desarrollan su quehacer en Escuelas de Negocios y de Administración de Empresas. Hay también entre ellos directivos de empresa y profesionales de distintas áreas –desde el ámbito del Derecho, al propio de los medios de comunicación-. Todos ellos, sin embargo, comparten un mismo sentir: aportar ideas que den que pensar y contribuir, siquiera sea de manera indirecta a la propuesta de formas más eficientes y justas a la hora de gestionar las empresas y organizaciones que, en definitiva, hayan de ir ayudando a construir un mundo más decente donde el progreso de lo humano sea, no sólo posible, sino alcanzable.